

PORTUGAL: EL FUTURO HA COMENZADO

EN el espacio de unas horas, el fascismo paternalista más antiguo de Europa, el de Portugal, ha sido sustituido por unas amplias promesas de libertades democráticas. Es un hecho que impresiona: un régimen antiguo y sólido que se desmorona sin más conatos de defensa que algunos actos aislados que tenían más de defensa propia que de defensa del sistema político.

El análisis, sin embargo, va o puede ir bastante más lejos que el de estas pocas horas finales. El régimen que fue de Carmona desde 1928, del primer ministro Salazar —con poderes dictatoriales— desde 1932, no ha dejado de tener un solo día de ataque y desgaste por parte de la oposición. Los nombres más recientes del general Delgado, del capitán Galvão, de Mario Soares o de Herminio da Palma, entre los de los mártires oscuros asesinados, torturados, encarcelados o exiliados, no son más que un recordatorio. Simplificar todo lo que acaba de suceder en un solo nombre, el de Spínola, es una simple facilidad histórica y periodística y un cierto barrunto de futuro, el de que el spinolismo pueda suceder al salazarismo (el caetanismo no fue nada: un intento malogrado de renovar, un intento igualmente malogrado de continuar). Spínola es un brillante militar que ha hecho toda su carrera con el régimen y que no ha cesado de prestarle servicios de toda índole. Es decir, representa a un estamento que busca una nueva administración de sus bienes; y asume desde este momento, y no se sabe hasta cuándo ni de qué manera, esos elementos de oposición que han ido desgastando al régimen.

A Spínola, los elementos residuales de la extrema derecha comienzan ya a aplicarle su calificativo favorito de «Kerensky». Puede que en realidad lo sea, pero en un sentido más real que el de la fórmula acuñada. Entiendan y quieren hacer entender estos derechistas que Kerensky, que alcanzó el poder en Rusia en 1917, fue por su reformismo, su apertura, su blandura —con términos de hoy—, el hombre que abrió paso al bolchevismo de Lenin. En la jerga política, un kerensky es un gobernante sin la energía suficiente como para oponerse a la revolución. En la realidad histórica, Kerensky fue el último cartucho del antiguo régimen, de los antiguos intereses, para contener una revolución popular inscrita ya en los acontecimientos históricos desde muchos años atrás. Y no lo consiguió. Llegó demasiado tarde y la fuerza ya no era suya.

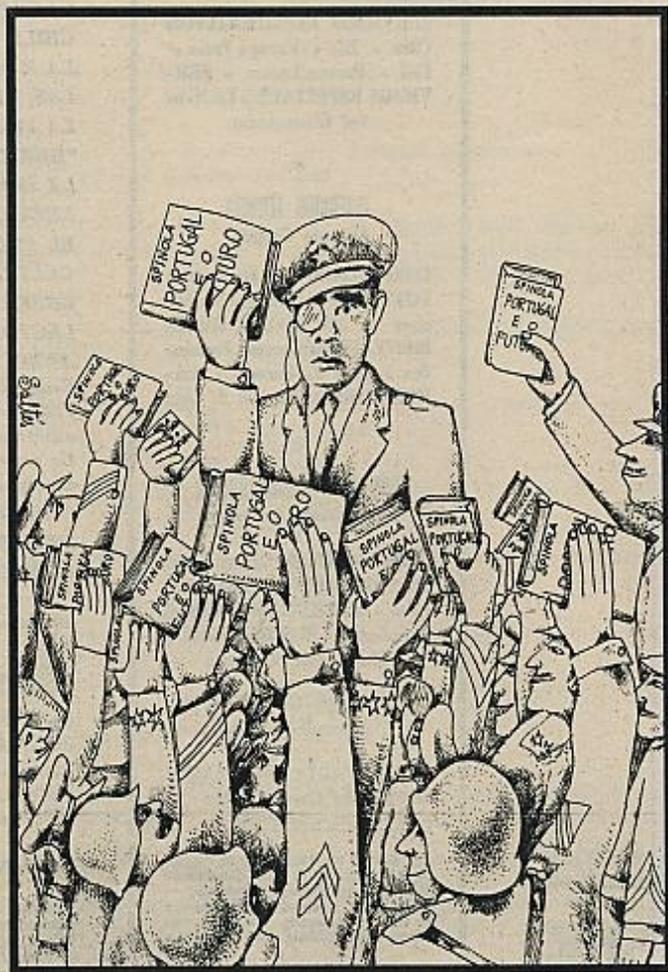
EN este sentido, Spínola podría, sí, ser un kerensky de Portugal y sería el hombre o la cabeza de un grupo de hombres y de, por decirlo así, un grupo de grupos —una iglesia que se había separado ya del régimen salazarista; una banca inquietísima por la situación financiera; una industria que al en un tiempo obtuvo beneficios de la situación colonial los estaba ya perdiendo, y a la que atraían los muchos mayores que podría obtener del Mercado Común, una intelectualidad humillada por el paternalismo extraeuropeo...—, y también el representante de un atlantismo preocupado por el flanco portugués, elementos tocos que trataría de evitar la gran catástrofe. O salvar unos restos y comenzar un futuro, como proponía el propio y famoso libro del propio Spínola, en el que simboliza la doctrina de la nueva situación. Que su final pueda o no ser el de Kerensky es harina no molida todavía por el molino del tiempo. Para algunos —para las derechas asustadizas y arcaicas—, las manifestaciones del viernes pasado en Lisboa, las banderas rojas con la hoz y el martillo, algunos gritos acuñados en Chile y en otros puntos del mundo son ya los primeros síntomas.

PROBABLEMENTE no tienen el significado que se les quiere dar. Son, por una parte, espontaneísmos, estallidos clásicos de los elementos que más han sufrido de la opresión, que se manifiestan por primera vez sin ella; son fuerzas que prueban hasta qué punto las promesas de libertad son posibles. Y en lo que tienen de cálculo por parte de las organizaciones políticas que no han salido todavía de la clandestinidad: la de mostrar a los nuevos tenedores del poder que efectivamente hay que contar con unas fuerzas que existen. Pero en la realidad, el interés mayor de las fuerzas de izquierda, y más probablemente por parte del partido comunista que de las otras, es el de no apresurar ni calentar la situación; es una tónica general en todos los países de Europa occidental e incluso en algunos de América. Se está viendo en la campaña electoral de la izquierda francesa esa contención, ese pacto social que limita el alcance revolucionario o que le priva del carácter de revolucionario. Las razones son muchas: una es la de no provocar una respuesta de fuerza, en la que

su batalla estaría perdida, y otra es que realmente las condiciones socio-económicas de Europa no obedecen a un clima revolucionario.

LAS de Portugal son distintas. Está por los últimos puestos en todas las estadísticas de bienestar de Europa. Esto quiere decir que la labor de la Junta de Salvación de Spínola y de las instituciones que se creen en el futuro (en un futuro que debe ser inmediato) deberán consistir antes que nada en establecer un equilibrio económico y unas condiciones de dignidad. Es decir, en ser fieles a las exposiciones de principios que acaban de hacer y que están empezando a experimentar y a practicar, y que no hurtan ninguna de las bases de la democracia. Existe ya la libertad de prensa —que no será suficiente en tanto no se creen nuevos órganos de expresión—, se ha probado la de manifestación y opinión; se promete la de creación de partidos y la de elecciones generales para crear una Asamblea Constituyente que sea la que dé verdadera forma al régimen —y, por lo tanto, al verdadero futuro— de Portugal.

NATURALMENTE, esto que se anuncia requiere rápidamente un sistema, y en ese sistema pueden estar ya inscritas las condiciones de ese futuro. Una libertad de asociación y de partidos quiere decir, exactamente, libertad de todos los partidos, incluyendo a los que más puedan contradecir a los regentes de la Junta, que en este momento pueden ser los propios salazaristas, y sin exclusión de ninguno. Una campaña electoral requiere por lo menos la libertad y la amplitud de la que está teniendo en Francia la de las elecciones presidenciales, desde la extrema izquierda revolucionaria de Krivine hasta el fascismo de Le Pen. Y es preciso un sistema electoral que tendrá que determinar la Junta, pero que





En monumentos y muros han aparecido estos días numerosas pintadas con «slogans» y siglas de partidos que hasta el momento del golpe se habían movido en la clandestinidad.

sólo será válido para la verdadera reconstitución del país si abarca a un máximo número de electores y de candidatos, de elegibles. Habrá unos redactores de la Constitución futura, que la someterán a la Constituyente, y ésta deberá tener un mecanismo lo suficientemente práctico como para elaborar las enmiendas necesarias.

La forma en que todo ello funcione determinará si Spínola y sus compañeros tienen ya una orientación predeterminada de cómo ha de gobernarse Portugal en el futuro y cómo ha de tomar sus decisiones, o si realmente se limitan a una objetividad y a la formalización de un poder para mantener el orden público y garantizar la libertad electoral. En este aspecto es muy importante conocer la cronología de su programa, los plazos que se den a sí mismos para la cesión de los poderes. Se ha hablado de un año para la convocatoria de elecciones generales. Parece muy exagerado. Sin duda, se parte de la idea de que un pueblo con la atonía política en que había quedado la mayoría portuguesa necesita tiempo para «aprender» política. Esto es un poco mítico. Puede levantar las sospechas de que en tan largo plazo se pueda ya configurar excesivamente el futuro. Dependerá, también, de las normas provisionales de actuación pública y convivencia que se dicten desde ahora mismo para esperar la situación electoral y la promulgación de la Constitución.

LO que parece más probable por ahora es un régimen presidencialista (una forma clásica de salir de una dictadura es la de entregar el poder a un hombre con poderes amplios, pero con muchos controles de responsabilidad); y lo que también parece probable es que se designe a Spínola. Siempre que en el plazo preelectoral no haya sucesos que le aparten o le invaliden. Spínola no solamente respondería a la idea de la Junta y a la defensa de los intereses que han movido a la exclusión del salazarismo, sino que hoy tiene el mayor prestigio nacional.

INTERESA, naturalmente, más una especulación acerca del futuro de Portugal que un responso por el régimen muerto. A la hora de hacer su balance, sólo parece posible apuntar en su activo el mínimo propio de una dictadura: las obras públicas, el orden público. Las obras públicas son muchas veces una forma de enmascarar una angustia social, un paro obrero; de dar una gran fachada exterior a la situación —como es, en

Lisboa, el Puente Salazar —; de proporcionar beneficios a concesionarios. El orden público sólo es válido cuando nace de una situación de equilibrio social y político que no crea el clima en que se producen disturbios, manifestaciones o atentados. Si no tiene esa base y está sostenido por el terror, es peor que el desorden público. Con el largo fascismo, el pueblo portugués no ha salido de su pobreza; la ha acrecentado por una imposible guerra colonial y se ha visto alejado de las ideologías y de las estructuras vencedoras en la última guerra, y, sobre todo, de la gran corriente en marcha de después de la guerra fría. Aislado, empobrecido y herido, Portugal sale del fascismo en muy mala situación. El hecho mismo de salir le permite ya una gran ventaja.

EN cuanto a la guerra colonial en sí, ha tenido un desarrollo semejante a otras recientes: concretamente, a las de Indochina y Argelia para Francia, a la de Vietnam para los Estados Unidos. Ha saltado de su terreno propio —la colonia— para llegar al de su causa —la metrópoli—: ha minado la sociedad que le ha construido y de esta manera curiosa los colonizados han ganado, o están a punto de ganar, la guerra. Está claro que guineanos, angoleños o mozambiqueños no van a conformarse fácilmente con las soluciones federativas que propone Spínola. Si el general puede haber llegado a tiempo para el establecimiento de la democracia en su país, seguramente ha llegado a destiempo para la solución de «dependencia en la interdependencia» —como decía De Gaulle respecto a Argelia; y tampoco lo consiguió, también estaba fuera de plazo— en África. Por otra parte, entre las fuerzas que se han despertado o que pueden finalmente entrar en acción al caer el salazarismo, los partidarios del abandono puro y simple (que es, en fin, lo que requieren las Naciones Unidas) son muy numerosos. A la larga, será la única solución posible. Pero el debate y las dificultades que se produzcan por esta cuestión continuarán siendo el mayor peligro para el establecimiento de la democracia real en Portugal.

POR otra parte, la independencia definitiva de las colonias portuguesas producirá un auténtico corrimiento de tierras en el mapa africano: será un peligro inminente para el poder blanco de Rhodesia y, en consecuencia, para el de África del Sur. Pero esta es ya otra cuestión... ■